

**REPENSANDO LA GRAN GUERRA:
APORTES HISTORIOGRÁFICOS
PARA INVESTIGADORES
ESPAÑOLES**

Francisco Veiga (Coord.)

PRESENTACIÓN

En España, la efemérides centenaria de la Gran Guerra ha tenido un fuerte componente de oportunismo editorial, lo cual ha dado lugar a numerosas reediciones de obras clásicas, trabajos de síntesis por encargo y traducciones de obras procedentes, sobre todo, del ámbito académico anglosajón. Pero todo ello ha terminado por aportar más bien poco al debate historiográfico. Incluso los análisis de prensa y piezas de opinión conmemorativas han sido, en la inmensa mayoría de los casos, de mero trámite; no faltan algunas firmadas por historiadores profesionales en la prensa comercial. Por todo ello, no es de extrañar que, al menos hasta el momento preciso de las conmemoraciones de agosto, en el ámbito político se hayan evitado las alusiones a la Primera Guerra Mundial. Por el contrario, la conmemoración del septuagésimo aniversario del desembarco aliado en Normandía, en 1944, ha servido, con toda su pompa y simbología, para promover un acercamiento entre el presidente ruso, Vladimir Putin, y el nuevo mandatario ucraniano, Petro Poroshenko, en vistas a obtener una salida pacífica a la guerra civil en el Donbass. Lo cual se ha hecho «desescenificando» una supuesta nueva Guerra Fría a base de retroceder en el tiempo hasta llegar a aquel momento en el que los Aliados todavía continuaban juntos en la lucha.

Sin embargo, la crisis ucraniana y su contexto internacional en este 2014 posee muchos más elementos de paralelismo con la situación vivida antes de 1914. Y también con la herencia del primer gran conflicto mundial, con la reconfiguración del antiguo espacio imperial ruso en la Unión Soviética y la creación de unas fronteras entre las repúblicas socialistas soviéticas que fueron heredadas por las nuevas repúblicas independizadas en 1991. Y no digamos la relación entre la interminable guerra civil siria, incluyendo la implicación turca en el conflicto, los orígenes de la problemática de Oriente Medio en el final de la Gran Guerra o los del nacionalismo chino de masas que nace en los conocidos incidentes del 4 de mayo de 1919.

En realidad se puede decir que el mundo de 2014 es nieto de 1914, más que hijo de 1945. Y ello es así porque, sobre la herencia de la Gran Guerra de 1914, se construye y articula, a lo largo de todo el resto del siglo xx, una serie de problemáticas que marcan incluso nuestra actualidad. Estas son tres, básicamente: el primer conflicto mundial abre las puertas a la sociedad de masas propiamente dicha; además, da origen a la Unión Soviética, y a la desaparición

de los grandes imperios eurasiáticos, que en el caso de China incluso antecede inmediatamente a la Gran Guerra, y va a generar largos y complejos reajustes que la Segunda Guerra Mundial no solucionará y cuyos efectos llegan directamente hasta nosotros. De hecho, todo el periodo 1917-1991 –esto es, la mayor parte del siglo XX– estará influido por la existencia de la Unión Soviética, y será su desintegración la que señale el comienzo de un nuevo periodo a escala global, ya en el siglo siguiente. Referirse a este tipo de consideraciones no supone abogar por una narrativa de grandes ciclos históricos; pero si al enfoque de la Primera Guerra Mundial como fenómeno insertado en todo el contexto del siglo XX, más allá de los politizados debates posteriores a 1945 o aquellos que pueden considerarse producto de la cultura de la Guerra Fría, como por ejemplo, los que generó la «tesis de Fischer», que datan ya de 1961.

Precisamente, en su contribución, Javier Rodrigo aporta una muestra representativa de los últimos debates historiográficos referidos a la Gran Guerra, muy relacionados con la historia de la violencia, corriente que forma parte de la más amplia sobre perspectivas culturales de la Primera Guerra Mundial, pero que se extiende al estudio actual de diversos conflictos y que sugiere la proyección hacia el pasado de las inquietudes presentes relacionadas con la aspiración a generar una respuesta a la violencia creciente tras el final de la Guerra Fría, asociada al fanatismo religioso, el terrorismo, los enfrentamientos interétnicos o la violencia social de tipo diverso a lo largo de los años noventa y cambio al siglo XXI (1). De paso, este documentado trabajo pone de relieve la colonización anglosajona que preside actualmente la historiografía sobre la Gran Guerra, ya sea a partir de los numerosos académicos de esa procedencia que se han erigido en referentes de los debates, o las universidades estadounidenses, británicas o de la Commonwealth. Lo cual deja fuera a los estudiosos rusos, franceses, alemanes o de cualquier otra nacionalidad que no se integran en esa corriente, y contribuye a recuperar, desde la posición anglosajona, el debate patriótico entre las diversas historiografías nacionales, en torno al último gran conflicto continental basado meramente en el nacionalismo, fenómeno que vuelve a estar en auge en el continente europeo (2).

En ese contexto, el repaso de Joan Esculies sobre las aportaciones historiográficas españolas a la Gran Guerra incluye la interesante consideración final de que la neutralidad «fue una faceta más del conflicto y que su estudio no es de ningún modo un aspecto secundario en contraposición, por ejemplo, a lo sucedido en las trincheras del Marne». Lo cual supone que los estudios específicos que se han ido elaborando desde nuestro país poseen un nivel suficiente como para aportar mucho más a la interpretación de la Gran Guerra a todos los nive-

(1) Preocupación que está en el trasfondo de la Declaración y Programa de Acción sobre una Cultura de Paz, aprobada por la Asamblea General de la ONU en octubre de 1999, la cual relanzó el interés por la fenomenología de la violencia.

(2) «¿Culpar a Alemania de la Gran Guerra es de izquierdas o de derechas?», por BORJA BERGARECHE en: *ABC*, 12 de enero de 2014. Consultable en internet.

les, tanto en lo que se ha dado en denominar «historia generalista» como en la «historia archivística», esto es, el ensayo o la investigación factual. Y ello a partir del hecho de que aún siendo un país europeo, España no se vio directamente envuelta en ese conflicto; y por lo tanto no se dan las implicaciones emocionales que complican, en ocasiones, sortear las interpretaciones canónicas y trilladas como las que mantienen las historiografías nacionales de los ex contendientes.

El artículo de José Antonio Montero constituye un buen ejemplo de lo dicho. Su estudio sobre las relaciones entre España y los Estados Unidos durante la Gran Guerra puede servir de modelo a otros investigadores para el estudio de la neutralidad y luego participación activa pero «periférica» en la Gran Guerra por parte de las repúblicas latinoamericanas que, siguiendo la estela de los Estados Unidos, declararon la guerra a Alemania a raíz de la ofensiva submarina alemana de 1917. En algunas, su beligerancia, aún siendo muy limitada, tuvo repercusiones directas en la marcha del conflicto. Tal fue el caso de Brasil, cuya flota de alta mar jugó un papel en la lucha antisubmarina, en un momento importante, dado el volumen de hundimientos conseguido por los sumergibles alemanes. Pero, en lo referente a las otras repúblicas, su participación en términos de abastecimiento a los Aliados o a los nuevos esquemas diplomáticos que estaban imponiendo los Estados Unidos contribuyeron a la configuración global definitiva de lo que en sus inicios fue estrictamente una Gran Guerra europea. Todo ello al margen de los procesos de cambio económico inducidos por el desplazamiento de las relaciones comerciales y financieras con Europa en beneficio de los Estados Unidos, que vino potenciado a su vez por el «cambio hacia adentro» de las economías latinoamericanas.

La aportación de Pablo Martín va por el mismo camino. La historia militar ha sido una de las asignaturas olvidadas en la universidad española, pero resulta indispensable un buen conocimiento de la misma para poder entender y explicar una guerra. Con todo, este autor, militar profesional, amplía su análisis al conectar las consideraciones logísticas que presidieron el desarrollo de la Primera Guerra Mundial con las luchas por el poder entre militares y políticos en las principales potencias contendientes, y las estrategias económicas y financieras para sacar la guerra adelante sin provocar la revolución social. Tenemos así un trabajo centrado en la gestión de la Gran Guerra (3) que no cae en las reivindicaciones nacionalistas que aún se encuentran en las historiografías europeas. Por ejemplo, la defensa acérrima del generalato británico, que fue uno de los más mediocres de toda la contienda (4).

(3) Este enfoque viene ampliado en el libro: FRANCISCO VEIGA y PABLO MARTÍN, *Las guerras de la Gran Guerra, 1914-1923*, Madrid, La Catarata, 2014.

(4) Por ejemplo, 1999, Robin Neillands hizo una encendida exculpación de los generales británicos en la Gran Guerra. *Vid* del autor cit.: *The Great War Generals on the Western Front, 1914-1918*, Endeavour, 2013 [Kindle Ed.].

El quinto artículo del dossier, firmado por Alberto Basciani, incide en el análisis de los orígenes del conflicto, que constituye una de las polémicas principales sobre la Gran Guerra. Se centra en la explicación clásica de los Balcanes como avispero de Europa, pero intenta a la vez discernir por qué una crisis más en el Sudeste continental –como parte de las crisis de Oriente que se habían venido produciendo desde las ofensivas rusas contra el Imperio otomano en tiempos de Catalina la Grande– logra implicar también al Occidente europeo. Ese fenómeno resulta ser específico de 1914, sin que ni antes ni después se volviera a producir, desmintiendo la imagen de los Balcanes como eterno barril de pólvora para todo el continente.

Por último, Francisco Veiga cierra el dossier con una pieza en la cual intenta fijar aquellos aspectos de la Primera Guerra Mundial que puedan ser comprendidos de una manera alternativa desde la óptica actual. Ello viene a ser una forma de sumergir a la Gran Guerra en la historia general del siglo XX; conectándola con la Segunda Guerra Mundial, como ya se ha hecho en numerosas ocasiones, pero también con la Guerra Fría y la actual situación internacional, una vez concluida la contienda bipolar. Ello responde al doble objetivo de aprehender en qué forma los resultados de la Gran Guerra nos afectan, todavía hoy; pero también de entender mejor lo que sucedió hace un siglo desde la perspectiva de los años. Esta afirmación, que parece casi una perogrullada, resulta mucho más fácil de escribir que de elaborar. Así, es fácil caer en la repetición de estereotipos y conclusiones, mínimamente adornadas con algunos nuevos datos que refuerzan los enfoques establecidos. Precisamente, existe una tendencia fatal en la historiografía consistente en dejar de lado las contradicciones que en su día se produjeron en torno a un acontecimiento, pasando a generar estereotipos interpretativos que, pulidos y repulidos, terminan por quedar encapsulados entre fechas que actúan como muros.

En consonancia con ello, desde un punto de vista historiográfico, la Gran Guerra no debería seguir siendo contemplada como un fenómeno entre remoto en el tiempo y absurdo de principio a fin en su desarrollo, el patito feo de las guerras sucias y sin gloria, destinada a alimentar las estanterías de las bibliotecas con volúmenes polvorientos. Pero tampoco como una secuela más de las guerras entre las respectivas historiografías nacionalistas europeas. En tal sentido, los diferentes artículos que componen este dossier constituyen un compendio de sugerencias y reflexiones para superar ese impasse, que el mero peso simbólico de la efeméride no parece destinado a romper.